

se hace». Los ministros de los años sesenta esperaban que la paz, el orden y el aumento del nivel de vida satisficieran a unos españoles mayoritariamente despolitizados y conformistas y que el Régimen se perpetuara tras la muerte de Franco. La transición democrática fue el resultado de una movilización política que hizo inviable esa opción.

La última novedad en el debate de nuestro pasado es, sin embargo, la crítica de esa transición democrática que, al haber eludido la condena del franquismo y haber fomentado supuestamente la amnesia histórica, no había recuperado la genuina tradición democrática de los años treinta y habría generado una democracia de baja calidad. Es el debate sobre la memoria histórica, en el que el propio Santos Juliá ha desempeñado un importante papel, y que en este libro se aborda en dos ensayos, uno de ellos inédito: «Tres apuntes sobre memoria e historia». En él se tratan temas poco gratos a quienes pretenden buscar en la tradición nacida en los años treinta el «germen de la cultura democrática», como afirma la ley del Memorial Democrático aprobada por el parlamento catalán en 2007, «silenciando convenientemente -escribe Juliá- que ni la CNT, ni la FAI, ni el POUM, ni en períodos críticos los socialistas y los comunistas, e incluso la Generalitat, manifestaron hacia la República española ningún otro interés que no fuera verla desaparecer y que algunos tomaron las armas contra la República para conseguirlo». Esa ley catalana y buena parte de la literatura que va en esa misma dirección, responden al propósito de construir una memoria histórica apropiada de la que se marginan realidades históricas incómodas, como el hecho de que miles de víctimas del terror y la represión lo fueron en la zona republicana y que ello no fue siempre obra de incontrolados, recuerda Juliá, sino que «en algunos casos las 'sacas' de las cárceles ocurrieron de forma organizada y al mando de gentes uniformadas, por decisión adoptada en reuniones de comités dirigentes de partidos y sindicatos, con órdenes emitidas y firmadas por autoridades y poderes competentes».

En conclusión, estamos ante un libro que es bastante más que una recopilación de artículos monográficos ya publicados. Con las repeticiones y las lagunas inevitables en una obra de estas características, proporciona una sugerente interpretación del siglo XX que en mi opinión resulta imprescindible tomar en consideración, al margen de que se acepte

o no en su integridad. Su tesis central, si es que la he entendido bien, es que el modelo por el que los españoles optamos en la transición democrática no venía predeterminado por las características de la sociedad española en 1975, pero a su vez entroncaba con una tradición española mucho más antigua. De manera muy simplificada, se podría decir que en 1977 cogimos un tren que habíamos visto venir en 1923 y en el que habíamos subido en 1931, pero que en ambos casos había descarrilado. La gran ruptura se produjo en 1936 y su resultado fue un régimen que pretendió anular siglo y medio de historia española mediante la represión de quienes la encarnaban. Una cuestión clave es por tanto la de explicar por qué la experiencia democrática de 1931 concluyó en una guerra civil que sólo una tergiversación histórica podría presentar como un enfrentamiento entre fascismo y democracia. En mi opinión, parte de la respuesta estriba en que en los años treinta muchos españoles pretendían tomar otros trenes que en la Europa de entonces parecían incluso más modernos, el de la revolución social en sus diferentes variantes o el del Estado autoritario en sus distintos modelos. No es una cuestión que Juliá aborde de manera suficiente en *Hoy no es ayer*, pero no la elude en el ensayo final, en el que recuerda que ni los socialistas de 1934, que expresaban su deseo de que la República se muriera, ni los poumistas que en 1936 llamaban al exterminio de los curas y la destrucción de las iglesias, ni los comunistas que en 1937 encubrían con mentiras el asesinato del poumista Nin, defendían la democracia republicana. En cuanto a las columnas anarquistas que sembraron el terror en Cataluña, sus miembros «soltarían hoy una siniestra carcajada si alguien les viniera con la memoria en clave democrática de que estaban defendiendo la República».

Juan Avilés

MANUEL BUENO LLUCH y SERGIO GÁLVEZ BIESCA (eds.)

*Nosotros los comunistas. Memoria, identidad e historia social*

Sevilla, Fundación de Investigaciones Marxistas / Atrapasueños, 2009, 460 pp.

ISBN: 978-84-87098-52-9

Desde hace varios años, la Sección de Historia de la Fundación de Investigaciones Marxistas viene realizando una meritoria labor con el objetivo de promover la investigación, el debate y el conocimiento

en torno a la experiencia histórica del movimiento obrero español y, en especial, a la historia del PCE. Como resultado de esta labor se han organizado diversos encuentros, entre ellos el *II Congreso de Historia del PCE. De la resistencia antifranquista a la creación de IU. Un enfoque social* que se celebró en Madrid en el otoño de 2007 y cuyas ponencias aparecen ahora publicadas en *Nosotros los comunistas*. Además de continuar el trabajo para favorecer la «normalización» del tratamiento historiográfico del tema, desde una perspectiva alejada del esquema de hagiografía/denuncia en que se ha movido con frecuencia la literatura sobre el comunismo y basada en una firme base científica, aquel congreso pretendió avanzar hacia una historia social del comunismo español, atendiendo a las prácticas, las experiencias, las identidades o las concepciones políticas propias de la militancia comunista. Un objetivo que, en la introducción firmada por Gálvez y Bueno, se vincula a una combativa posición historiográfica en defensa de la historia social, en oposición tanto a un cierto relato hegemónico de la transición como al empuje de la historia cultural con su «sacralización del discurso y el texto» (p. 29).

El título elegido se hace eco del prólogo que Manuel Vázquez Montalbán escribió a las memorias de Miguel Núñez, en el que reivindicaba la sacrificada lucha antifranquista de los comunistas, tema que constituye precisamente la preocupación central de *Nosotros los comunistas*. En efecto, las mayores aportaciones de la obra se encuentran en torno a dos ejes entrelazados: el estudio de la militancia comunista bajo la dictadura y la participación de los comunistas en la movilización social contra aquel régimen de evidente vocación totalitaria. A través de los capítulos escritos por David Ginard, Xavier Domènech y Francisco Erice nos acercamos a los perfiles sociológicos (mayoritariamente obreros), a las culturas militantes, a los discursos y modelos sobre la militancia, así como a la identidad comunista, con sugerentes aportaciones que nos adentran en un territorio de compromiso, clandestinidad y represión (desde la otra parte, Francisco Sevillano se ocupa de la imagen del comunismo difundida por la dictadura). Un territorio que en absoluto fue sólo de hombres, si bien tampoco integró a las mujeres en pie de igualdad, como muestran las aportaciones dedicadas por Claudia Cabrero e Irene Abad a la experiencia de las comunistas y su aportación a la

lucha antifranquista, fundamental fuese en el apoyo a la guerrilla, en la actividad de las mujeres de preso o en el Movimiento Democrático de Mujeres.

Como bien señala Carme Molinero, la gran apuesta –y el mayor éxito y mérito– de los comunistas en la lucha frente a la dictadura, a partir de los años cincuenta, fue el impulsar una extensa movilización social, que analiza desde una perspectiva global. Gracias al éxito de esta estrategia fue posible avanzar, pese a las difíciles condiciones impuestas por la represión franquista, en la conquista de reivindicaciones obreras, en el desarrollo de movimientos sociales cada vez más amplios, en la creación de «espacios de libertad», creando un tejido social antifranquista y extendiendo una cultura democrática y participativa. Como ámbito central de esa movilización estuvo el movimiento obrero, analizado por Rubén Vega en su crecimiento desde el renacimiento de la lucha en los años cincuenta al desarrollo de las comisiones obreras en los años sesenta y setenta. Asimismo, la aportación comunista al movimiento estudiantil es estudiada por Sergio Rodríguez, subrayando la apuesta del partido por las plataformas unitarias como fueron los sindicatos democráticos de estudiantes. El análisis sectorial se cierra con un texto de Manuel Aznar Soler sobre las relaciones del mundo de la cultura con la lucha contra la dictadura en el primer franquismo, si bien se echa a faltar el análisis de la cuestión en el período posterior (de la que se había ocupado en el congreso Giaime Pala). Se puede señalar también entre las lagunas existentes la falta de una atención específica al movimiento vecinal (cuestión cada vez más atendida por la historiografía, como muestra el dossier sobre *Movimiento vecinal y cambio político* coordinado por Xavier Domènech en el n.º 16 de esta revista).

El volumen se cierra con dos aportaciones entre la historia y el testimonio: una interesante reflexión de Francisco Fernández Buey sobre el tipo de «democracia» a la que aspiraban los comunistas y una valoración crítica de Josep Fontana, en su línea habitual, sobre los errores de la línea seguida por el PCE en la transición democrática.

Estos últimos aspectos se relacionan directamente con dos de las reflexiones más interesantes que nos sugiere esta lectura, en relación con la lucha antifranquista y con la Transición. La primera cuestión, explicitada sobre todo en la aportación de Molinero, pero que planea sobre todo la obra, es la relevancia

determinante del trabajo de los comunistas en la creciente movilización social, la cual creó cada vez más dificultades a la dictadura y, en última instancia, hizo inviable mantenerla después de Franco o limitar el cambio a una reforma del régimen. En otras palabras, que la apertura de un proceso democratizador «no fue producto del pacto entre las elites sino de la presión de la movilización social» (p. 282). Lo cual implica que los logros democratizadores alcanzados fueron herencia primordialmente de la lucha antifranquista, sostenida por el compromiso y el sacrificio de tantos opositores a la dictadura que contribuyeron –como señalaba Vázquez Montalbán– a la necesaria reconstrucción de la «razón democrática», una deuda que el régimen constitucional de 1978 apenas ha reconocido.

De ahí deriva una segunda reflexión, sobre aspectos menos concretados en el texto, que se refiere a los relatos, limitaciones y resultados de la Transición. Ciertamente existe un extendido relato mítico de la transición como nodo fundacional único de la democracia y como resultado, sobre todo, de pactos elitarios entre los aperturistas de la dictadura y los dirigentes de la oposición. Una visión conservadora que es hegemónica en los medios de comunicación, aunque no tanto en la historiografía, por lo que resulta deformante atribuirle a una «construcción institucional-académica» urdida entre el poder y los medios universitarios (p. 28). Pero, en cierta manera, aunque con una valoración muy diferente, esta visión ha penetrado también en sectores de la izquierda, que han leído la transición como el resultado de diseños o designios de los poderes fuertes y acuerdos cupulares que hicieron posible una derrota de la izquierda –en especial de los comunistas– por los errores y traiciones de sus dirigentes. Una visión que tiene mucho que ver, creemos, con factores añadidos como la constatación del pobre reconocimiento hacia la lucha antifranquista, el escaso peso alcanzado por la izquierda transformadora y la frustración por las limitaciones del actual sistema, dando como resultado un rechazo global a la Transición, convertida en una suerte de omnipresente causa explicativa de todos nuestros males. Una interpretación que, en nuestra opinión, aunque sea muy cómoda para designar culpables, resulta simplificadora, inexacta y poco explicativa, no calibra adecuadamente los equilibrios de fuerzas actuantes en los años de la transición y acaba por contribuir indirectamente a minusvalorar los resultados de una movilización popular por las

libertades que, si bien no logró alcanzar la ruptura democrática, sí forzó la apertura de un proceso democratizador que desbordó por completo los estrechos límites del reformismo franquista. Otra cosa bien diferente es lo que sucediera más adelante, en especial en la década de los ochenta, que no estaba prefijado ni determinado necesariamente por el desenlace de la transición.

Hemos bosquejado tan solo algunas de las muchas aportaciones y reflexiones que sugiere *Nosotros los comunistas*, una obra que pese a las lagunas apuntadas –y alguna más, notablemente la falta de atención a las identidades etnoterritoriales o de las características específicas del PSUC– se convierte desde ahora en una referencia en el estudio de la historia de los comunistas españoles, de la oposición antifranquista y, por ende, de la dictadura y de la Transición.

Julián Sanz Hoya

CHARLES POWELL

*El amigo americano. España y Estados Unidos: de la dictadura a la democracia*

Madrid, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 2011

Charles Powell, autor de obras como *El piloto del cambio* o *España en democracia*, que tanto han ayudado a hacer inteligible la historia nacional reciente, nos ofrece un nuevo libro historia política, que esta vez pone el foco en la dimensión exterior de la acción del estado. En él reconstruye las relaciones bilaterales entre 1969 y 1989, al tiempo que consigue sumergir al lector en la apasionante coyuntura de la transición democrática española y la etapa final de la Guerra Fría.

La solidez del libro tiene mucho que ver con la calidad de las fuentes utilizadas. La política de desclasificación de los archivos nacionales norteamericanos, envidia de cualquier historiador español, le ha permitido manejar la rica documentación generada por el Departamento de Estado y el Consejo de Seguridad Nacional. El autor se ha molestado, además, en incluir las direcciones de aquellas que pueden consultarse en la red y ha colgado algunos documentos no accesibles en la página de la Fundación Transición Española (<http://www.transicion.org>).

Comienza analizando el «pecado original» que vició la relación hispano-norteamericana: el apoyo de EE UU al Franquismo desde 1953 a cambio del